

Cuadernos del Sur

AÑO 10 N° 18

Diciembre de 1994

Tierra
del Fuego

DOCUMENTOS

Fondo Monetario Internacional,
Banco Mundial y GATT:

50 AÑOS BASTAN

Lo que sigue son extractos del manifiesto con el que ha sido lanzada la campaña «50 años bastan» en el Estado español.

En octubre de 1994, y coincidiendo con la conmemoración de los 50 años de su existencia, va a celebrarse en Madrid la Asamblea General del Fondo Monetario Internacional (FMI) y del Banco Mundial (BM), las dos instituciones financieras internacionales, controladas por los países del «Norte», más poderosas a la hora de dictaminar las reglas que rigen las relaciones entre Centro y Periferia. A ellas habría que añadir el GATT, cuya creación fue decidida también al mismo tiempo, que regula las reglas del libre comercio mundial, en beneficio de las fuerzas hegemónicas económicas a escala planetaria, cuyos centros de decisión se sitúan también en los países del Centro.

Basta con atender a los medios de comunicación para hacerse una idea de en qué consisten dichas relaciones, por mucho que trate de disfrazarse la realidad tras discursos «bienintencionados». La información que nos llega del exterior nos abruma con noticias sobre el hambre en África, la miseria y las epidemias en América Latina, la brutal explotación de las poblaciones del sudeste asiático, el desmorona-

miento casi total de los antiguos países del Este... Pero ¿cómo se ha ido gestando esta situación, en qué punto nos encontramos hoy en día y cuáles son, de no cambiar las cosas, las perspectivas futuras?

La configuración de la «Economía Mundo» y la nueva división internacional del trabajo.

La división «Norte» - «Sur» se comienza a gestar en los siglos XV y XVI, con las posibilidades de colonización de otras áreas del globo que brindan por aquel entonces, para las potencias europeas, la circunnavegación de África y el «Descubrimiento» de América. Es preciso señalar que, en aquella época, las diferencias de desarrollo entre las sociedades europeas y las periféricas eran limitadas, si bien la superioridad militar y de transporte de las potencias coloniales era considerable.

El proceso de colonización, que significaría el sometimiento, y en muchos casos el exterminio de pueblos y culturas que habían conseguido, en general, un cierto grado de equilibrio con su entorno ambiental, iría asignando a estos territorios periféricos el papel de suministradores de materias primas - minerales, maderas, algodón, cau-

cho... para cubrir las necesidades de las metrópolis respectivas. Y esta función, progresivamente intensificada más tarde por la industrialización, la irían desarrollando, sin grandes cambios, hasta la segunda mitad de este siglo, a pesar de los procesos de descolonización que se expanden desde el siglo XIX.

En los últimos 50 años, una vez que acaba la Segunda Guerra Mundial, las potencias vencedoras diseñan, en 1944, el nuevo orden económico mundial en Bretton Woods -donde se decidirá la creación del F.M.I., el BM y el GATT-, bajo la hegemonía, en el área occidental, de Estados Unidos.

De esta forma, se asiste, por un lado, a una profundización de la integración y subordinación de estos territorios periféricos en un mercado mundial que cada vez responde de una manera más acusada a los intereses de los países del Centro, y que demanda crecientes cantidades de materias primas minerales y agropecuarias, produciéndose un salto cualitativo en el papel que ya venían desempeñando estos espacios. En concreto, se origina un desarrollo intenso de monocultivos, controlado por la industria del «agrobusiness», que adopta técnicas de producción agrícola enormemente consumidoras de energía y tremadamente depredadoras y contaminantes del medio, implicando una pérdida muy importante de biodiversidad. Estos monocultivos se orientan al mercado exterior, es decir, a llenar las despensas del «Norte», ocupando las mejores tierras, en detrimento de una agricultura más diversificada destinada al mercado interior.

En definitiva, la agricultura volcada hacia la exportación, que beneficia a las grandes empresas del «Norte» del sector agroalimentario y a las élites gobernantes del «Tercer Mundo», se lleva a cabo a costa de la satisfacción de las propias necesidades del «Sur». El «Tercer Mundo» dedica a cultivos de exportación una superficie similar a Europa. Asimismo, la extensión de la «dieta americana» en los países del «Norte», basado en un alto consumo proteico de origen animal, provoca la destrucción de selvas tropicales para su conversión en pastos con el fin de exportar carne a los mercados del Centro; lo cual explica que casi el 40% de la producción mundial de cereales la consume el ganado. Esto provoca una relación de proteínas desfavorable para los países más necesitados y un gran impacto ambiental.

Y, por otro lado, también, se empieza a desarrollar una Nueva División Internacional (NDI) del Trabajo, en especial desde fines de los sesentas, cuando entra en crisis el modelo de industrialización de la posguerra en los países del Centro. Esta NDI del trabajo consiste en la descentralización, o descolocación, a ciertos países de la Periferia Sur, los llamados Nuevos Países Industrializados, que se sitúan fundamentalmente en el sudeste asiático (Hong Kong, Singapur, Corea del Sur, Taiwan, Malasia, Tailandia, Indonesia... y recientemente, también, China) y en menor medida a otros países, como México, Brasil, Chile..., de determinados sectores reproductivos intensivos en mano de obra, manufactureras de baja tecnología o ciertos proce-

sos industriales altamente contaminantes. Esto permite abaratar enormemente los costos de producción por la condiciones de hiperexplotación existentes en dichas áreas del planeta -en especial en lo que a la mano de obra femenina se refiere-, posibilitando el mantener la capacidad de consumo en los países del Centro, hacia donde se dirige el grueso de estos productos, pues son, prácticamente, los únicos mercados solventes con capacidad de compra; o bien sortear las restricciones que en relación con el entorno se imponen en el «Norte» a los sectores con mayor impacto sobre el medio. Esto determina una acusada disminución del empleo industrial en los países del Centro, donde el desempleo se convierte en estructural, ante la incapacidad del sector servicios de absorber todo el empleo que es expulsado de la industria y la agricultura -resultado de la fuerte mecanización que lleva aparejada la llamada «revolución verde»-. Hecho que contrasta con la situación de pleno empleo en las sociedades del Centro durante los años cincuentas y sesentas. Esta situación se ha visto considerablemente agravada por la actual recesión.

En esta intensificación de las relaciones económicas globales, que se ha venido a conocer como «Economía Mundo», cumplirían un papel trascendental las instituciones que se crean en Bretton Woods, en especial en lo que a la concreción de las nuevas relaciones Centro - Periferia se refiere. El F.M.I. sería el organismo encargado de mantener estables los tipos de cambio para facilitar el crecimiento del comercio

internacional, dotando, al mismo tiempo, de liquidez a los intercambios mundiales.¹ El BM -aparte de su dedicación, en un primer momento, a la reconstrucción europea- desempeñaría el papel imprescindible, de facilitar² la financiación internacional de los grandes proyectos -de infraestructuras de transporte e hidráulicas, equipamientos energéticos, desarrollos agropecuarios...- que le iban a posibilitar al «Sur» desempeñar la nueva función que se le asignaba, lo cual conllevaría -y conlleva- importantísimos impactos sobre el entorno. Y el GATT establecería las nuevas reglas de comercio mundial, obligando a abrir progresivamente los mercados locales a los intereses económicos globales, lo que permitiría el desarrollo sin precedentes de las grandes empresas transnacionales de los países del «Norte», que son las que se benefician de este «libre» mercado planetario. A esta tarea también ha contribuido decisivamente la actuación del Banco Mundial y del F.M.I..

El problema de la deuda externa, una carga mortal para los países de la Periferia

En los años setentas, como consecuencia de las dos crisis energéticas, los precios del crudo en los mercados mundiales se dispararon, lo que provocó un enorme flujo de capitales hacia los países de la OPEP -los llamados petrodólares-, que éstos colocaron en gran medida en el sistema financiero occidental. Los bancos comerciales de los países del Centro procedieron a conceder préstamos principalmente a los países de la Periferia Sur, y en mu-

cha menor medida a los de la actual Periferia Este, ante el hecho de que las economías occidentales -como consecuencia de las políticas restrictivas de ajuste que se llevaron a cabo en esos años, para hacer frente a la crisis económica y energética- no podían absorber tamaña cantidad de capital. Estos préstamos: que se conceden con un reducido control, es decir, alegremente; que benefician casi exclusivamente a las élites gobernantes de los países de la Periferia -que en muchos casos evaden directamente a países como Suiza gran parte de estos préstamos-, fomentando el consumo suntuario; y que se utilizan en gran parte para financiar proyectos mastodónicos que poco -o nada- tienen que ver con las necesidades de desarrollo local, o para compra de armamento; son la causa, ante la incapacidad de hacer frente al pago de los créditos, de lo que en los ochentas se llegará a conocer como la crisis de *la deuda externa*. México es el primer país que se declara insolvente en relación con la devolución de la misma en 1982 y, más tarde, como si de fichas de dominó se tratara, este gravísimo problema acaba por afectar a todos los países de la Periferia. Y decimos gravísimo porque la deuda que en gran parte era privada, acaba siendo asumida por los gobiernos de la Periferia, repercutiendo por consiguiente esta losa en las poblaciones de dichos países.

Ante este estado de cosas, los países del «Norte» toman cartas en el asunto, pues esta situación pone en peligro la solvencia de todo el sistema financiero internacional, y encargan al

F.M.I. que establezca las condiciones para que habiliten los créditos oportunos con el objetivo de dotar de liquidez a los países receptores; a fin de que, junto con las denominadas *políticas de ajuste estructural*, pudieran pagar al menos los intereses de la creciente deuda externa. De esta forma, era posible solventar la quiebra de la estructura financiera internacional, al evitar dar formalmente por fallidos los créditos que habían dado a lugar al problema de la deuda. En el «Norte», también, esos créditos que se habían generado en la esfera privada, se transfieren poco a poco al ámbito público, haciéndose los Estados -en definitiva, los contribuyentes- responsables de gran parte de este importantísimo agujero.

La aplicación de las políticas de ajuste estructural tiene unos efectos devastadores sobre las poblaciones de los países de la Periferia, pues se hace descansar sobre éstas el pago de la deuda externa (recortes de subsidios estatales -especialmente a alimentos básicos: pan, sémola...-, reducción del gasto social -educación, sanidad, transporte público...- depresión de los salarios, restricciones al crédito privado para la pequeña y mediana actividad económica, devaluación de las monedas respectivas...), provocando importantes estallidos sociales que se han llegado a conocer como las «revueltas del hambre»; ejemplos de ello son las explosiones populares de carácter puntual originadas en su día en Caracas, Buenos Aires, Túnez, Casablanca, El Cairo... Para sofocar estas revueltas es preciso recurrir a los ejércitos respectivos, debido a la magnitud de las mis-

mas, causando decenas y hasta centenares de muertos. Y también sirven estas políticas para obligar a los países respectivos a abrir aún más sus economías al mercado mundial, en beneficio de los países del Centro; y para orientar su producción, aún más, a la exportación, pues los Estados de la Periferia se veían impelidos a obtener divisas fuertes con el fin de pagar el servicio de la deuda. Pero tanto el F.M.I. como BM dictaminan que este ajuste es necesario para propiciar, más tarde, el «desarrollo». En definitiva, la deuda externa -de carácter prácticamente incobrable- se ha convertido en un mecanismo de subyugación trascendental para que el «Norte» imponga su *diktat* sobre el «Sur», haciendo cada día más dependientes las economías de los países del «Tercer Mundo» del «libre» mercado mundial.

En los últimos años, y ante la creciente oposición que se desarrollaba desde principios de los ochentas, tanto en los países del «Norte» como del «Sur», a los proyectos y políticas del BM y F.M.I., estas instituciones están adoptando una serie de cambios *cosméticos* -tal y como han denunciado algunas organizaciones internacionales- que para nada cambian el carácter principal de su actuación, con el objetivo de hacer frente a la avalancha de críticas que suscita su gestión. Estos cambios van desde la creación, por parte del BM, de un departamento de medio ambiente, de índole periférica, a la apertura de una oficina de relación con ONGs, pasando por el establecimiento de escuálidos canales de información pública acerca de los pro-

yectos del BM. Estas reformas intentan contrarrestar las denuncias acerca del impacto ambiental que ocasionan los megaproyectos del Banco, y paliar las acusaciones del secretismo, falta de democracia y ausencia de control externo que se achaca a esta institución. En cuanto al F.M.I., este organismo ha introducido la necesidad de acompañar los programas de ajuste estructural de ciertas medidas, como la creación de las llamadas «*social safety nets*», de carácter simbólico y cobertura limitada, para tratar de limar aquellos problemas de agudización de pobreza más acuciantes que conlleva la aplicación de sus políticas, y paliar la creciente oposición que ocasionan las mismas.

Estas reformas son incapaces de ocultar que la pobreza se dispara en el mundo, en especial en la Periferia, a pesar de que el BM lleva actuando casi 50 años, y de que el objetivo principal de esta institución, en teoría, es impulsar el desarrollo en este ámbito; una institución de carácter financiero que, al contrario que los bancos comerciales privados, no está sometida a ninguna inspección de carácter contable, y cuyos riesgos y desmanes son soportados por los contribuyentes de los países «ricos» y sobrepagados por los habitantes de los países «pobres». Y que los proyectos que impulsa el BM en el presente, o los que están previstos en el próximo futuro, tal y como han denunciado organizaciones ecologistas de Estados Unidos, implicarán el desplazamiento de unos cuatro millones de personas, entre ellas muchas comunidades indígenas. Por último, es preciso resaltar que las políticas del BM y

del F.M.I. condicionan, en muchos casos, la actuación de los gobiernos y parlamentos de los países de la Periferia durante varias legislaturas, convirtiendo en una mascaraada la democracia y la participación popular.

Las crecientes desigualdades mundiales y las causas subyacentes al crecimiento de los países del Centro en los ochentas

La situación a escala planetaria empeora de año en año. La década de los ochentas ha supuesto una dramática profundización de la brecha abierta entre el «Norte» y el «Sur». En el caso de Latinoamérica, estos años se consideran en círculos oficiales internacionales como la «década perdida», aunque cabría denominarla mejor la «década robada», por la aguda depauperación que han experimentado sus sociedades. En el caso de África, abandonada definitivamente a su suerte, y de Asia, sometida a la sobreexplotación dentro de la nueva división internacional de trabajo, tampoco ha habido motivos para secundar la euforia que ha imperado en el «Norte» durante estos dos lustros.

Estos años de euforia entre crisis que acabamos de disfrutar en el «Norte», no han respondido a aumentos de productividad en las fábricas, ni en las oficinas y servicios de los países del Centro, ni a cambios cualitativos importantes. Incluso, el papel real de las nuevas tecnologías ha sido muy dudoso dentro de este supuesto despegue económico.

La euforia del «Primer Mundo» ha correspondido a un mercado más cen-

trado en la llamada «burbuja financiera» -que se inicia con el reciclaje de los petrodólares y que se intensifica en los ochentas con la liberación de los mercados financieros mundiales- que en la producción, separándose progresivamente la economía financiera de la economía real. Y el crecimiento del «Norte» ha estado apoyado principalmente en fenómenos y mecanismos de explotación y saqueo globales:

- El desplome de los precios de las materias primas producidas por el «Sur» en los mercados mundiales, controlados por los países del Centro y cuyo funcionamiento responde a los intereses de sus empresas transnacionales. Esta caída de los precios ha estado propiciada, en gran medida, por las políticas de ajuste estructural impuestas por el F.M.I. a los países de la Periferia Sur para garantizar el pago de la deuda externa.

- El descenso del precio del petróleo tras la crisis de la OPEP en los primeros años ochentas. Crisis que se promovió desde el «Norte» a través del control político y militar de los principales productores de crudo: las monarquías del golfo Pérsico, lo que ha beneficiado substancialmente a las economías de los «países desarrollados».

- Los flujos de capital «Sur»-«Norte» que se establecieron en la pasada década como consecuencia de las políticas de ajuste estructural que obliga a establecer el «Norte» a los países del «Sur». Lo cual convierte a éstos, rizando el rizo, en exportadores netos de capital. De cualquier forma, estas políticas no consiguen disminuir el volumen de la deuda y las últimas medidas

están suponiendo la quiebra de las economías de la Periferia y la venta, a precios de saldo, de sus mejores empresas y recursos públicos: compañías ferroviarias, de telecomunicaciones, de producción de energía..., así como pozos petroleros y yacimientos de gas, que pasan a manos de grandes empresas trasnacionales.

Otra consecuencia que han traído las políticas de ajuste estructural en los países del «Sur» y que ayudaron a cimentar la pasada sensación de euforia en el «Norte» ha sido la posibilidad de la expansión del turismo de masas a países exóticos para amplios sectores de las poblaciones del Centro. La caída de los niveles de vida en dichos países y la devaluación de sus monedas, así como el abaratamiento de los precios del petróleo y la concentración de riqueza en el «Primer Mundo», han hecho posible un fenómeno de esta naturaleza; fenómeno que sólo beneficia a los sectores dominantes de los países de la Periferia -aparte, por supuesto, de a los grandes «Tour Operadores»- y que comporta importantes impactos ambientales.

La inviabilidad del mantenimiento del crecimiento en el «Norte» y la creciente inmanejabilidad de los desequilibrios acumulados

Así, pues, el crecimiento de la pasada década del área occidental es producto directa o indirectamente de la degradación y la superexplotación de los países de la Periferia Sur. Y, además, ha provocado unos desequilibrios económicos, sociales y medio-ambientales no sólo en la Periferia sino también

en el propio Centro, que comienzan ya a ser inmanejables. En concreto, los desequilibrios medio-ambientales que genera el despliegue planetario del presente modelo productivo están empezando a suponer un freno a su libre evolución. Así, por ejemplo: el cambio climático, consecuencia directa del efecto invernadero que ocasionan unas formas de producción y consumo que cada día implican una creciente demanda de movilidad motorizada y un mayor consumo de energía, a pesar de la mayor eficiencia tecnológica lograda, lo que obliga a depender de forma creciente de los llamados combustibles fósiles -hecho que dispara las emisiones de CO₂-, de carácter no renovable, y de la energía nuclear; la deforestación, especialmente grave en los bosques tropicales, la pérdida de suelo fértil, como resultado de las prácticas agrícolas intensivas, y la aceleración de los procesos erosivos, con el consiguiente avance de los desiertos; la contaminación y el agotamiento de recursos naturales, especialmente grave en el caso de los recursos hídricos, que está dando lugar ya a conflictos políticos y militares en ciertas áreas del Globo, y que presentan especial gravedad en la zona de Oriente Medio; la progresiva desaparición de la capa de ozono, como resultado de ciertos procesos productivos y del transporte aéreo, que puede tener gravísimas consecuencias para la especie humana y la vida, en general, en el planeta; el incremento imparable de la generación de residuos, en especial aquellos de carácter tóxico -muchos de los cuales se exportan directamente a la Periferia-, que comporta un

elevado costo de gestión y «eliminación», abundantes conflictos sociales y un alto riesgo de contaminación del entorno -aire, agua, suelos...-.

Sin embargo, el modelo necesita seguir creciendo cuantitativamente, pues en este crecimiento continuo está la clave de la concentración de riqueza en determinados sectores sociales del «Norte». De esta forma, se ha elegido la huida hacia delante, es decir, más de lo mismo. Se intenta, como sea, seguir profundizando la dinámica de globalización de los mercados, y de esta forma cabría entender los nuevos acuerdos del GATT de la denominada Ronda de Uruguay, que forzarán una aún mayor apertura de los distintos mercados locales a la lógica del mercado mundial, convirtiendo el planeta en un espacio sin fronteras en beneficio de las empresas transnacionales, que operarán sin someterse a ningún control,³ esta apertura, sin embargo, es selectiva, pues los países del «Norte» mantienen en gran medida inaccesible sus mercados para aquellos productos del «Sur» que pueden entrar en competencia con su propia producción. Mientras tanto, y en paralelo, los tres grandes bloques -Estados Unidos, Comunidad Europea y Japón- intentan ampliar sus áreas de influencia, consolidando mercados aun más amplios.⁴ Lo mismo ocurre, aunque en menor escala, en áreas de la Periferia Sur.

Todo ello, junto con:

- La tendencia de reducción y restructuración del gasto público por parte de los Estados del Centro, de acuerdo con las recomendaciones del F.M.I., que señalan la necesidad de

aminorar drásticamente los déficits públicos, ya que estos son, de acuerdo con su valoración, el principal obstáculo para lograr un crecimiento sostenido.

- La obligación por parte de los gobiernos de orientar el gasto público hacia los gastos «productivos» -se consideran así aquellos gastos del Estado destinados a la inversión (principalmente creación de infraestructuras: de transporte, hidráulicas, energéticas, de telecomunicación) que impulsan el crecimiento- y reducir los gastos «improductivos», esto es, aquellos de carácter social (gastos de desempleo, ayuda social, sanidad, educación...) que actúan como freno al crecimiento económico.

- Y la modificación, adicional, de las vías de financiación del gasto público, con el fin de aligerar la contribución al mismo de las rentas del capital y las grandes fortunas y hacer que recaiga la imposición fiscal sobre las rentas salariales, profesionales y la pequeña propiedad... hará que se intensifiquen aún más los presentes desequilibrios económicos, sociales y medioambientales planetarios.

La justificación oficial que se esgrime es que esto creará, junto con la liberalización -y precarización- total del mercado de trabajo -recomendada también por el F.M.I.-, el clima adecuado para la inversión, lo que activará el crecimiento que derivará en la creación de empleo, permitiendo que la riqueza se filtre de arriba abajo. Cuando este modelo de crecimiento provoca absolutamente lo contrario, es decir, que la riqueza fluya, cada vez más de abajo arriba.

En definitiva, se agudizarán los desequilibrios internos de las sociedades del Centro, poniéndose en la picota, definitivamente, el Estado del Bienestar, cuyos potenciales beneficiarios serán una porción progresivamente más limitada de sus poblaciones, creciendo paulatinamente aquellos sectores que se sitúan en los márgenes sin ningún tipo de prestaciones. Esta dinámica será especialmente grave en las principales metrópolis, donde se fragmentan y dualizan las estructuras sociales, creciendo de forma imparable las nuevas formas de pobreza, los marginados de todo tipo y los «sin techo». Y asimismo, se ahondará hasta límites inconcebibles la desigualdad «Norte»-«Sur», deteriorándose aún más los términos de intercambio. Pero ésta es la única vía que apunta el BM para el «desarrollo» del «Sur». Sólo abriendo aún más sus economías al libre mercado mundial se garantizará el crecimiento -es decir la concentración de la riqueza en los países del «Norte» -que redundará posteriormente en un «desarrollo» sostenido del «Tercer Mundo», sacándolo «por fin» de la postración.

La estrategia es de locos, es un intento de dar una vuelta de tuerca, todavía mayor, a la política ya aplicada en los ochentas, lo que disparará los desequilibrios de forma, seguramente, incontrolable. Y aun así el tan deseado crecimiento no acaba de manifestarse, pues los males que aquejan, desde la propia dinámica económica interna, al actual modelo productivo, son mucho más graves que la capacidad de «curación» de la medicina que se intenta aplicar.

Además, el crecimiento que se produce en la actualidad es un «crecimiento sin empleo»,⁵ según han manifestado las propias Naciones Unidas, siendo preciso que los países del Centro crezcan por encima del 3,5% anual para que se genere empleo mundial neto. Pero un crecimiento del 3,5% anual durante 20 años significa duplicar las cifras del PBI mundial, y ya hoy en día la economía humana utiliza, o mejor dicho, vampiriza, un 40% de la biomasa del planeta, transformándola en alimentos combustibles, textiles, materiales de construcción... lo cual significaría que en sólo 20 años, y sin que se hubiese generado empleo neto, una sola especie, la especie humana, especialmente una minoría dentro de ella, estaría dilapidando el 80% de la biomasa del planeta, si es que ello es factible como resultado de las alteraciones ambientales que se generarían.

Tras la Cumbre de Río, que derivó en un rotundo fracaso de cara a hacer frente a los problemas ambientales y de desarrollo mundiales, se intenta dotar de un falso velo «verde» a las políticas económicas globales, con el fin de desplegar un mecanismo de simulación más en relación, fundamentalmente, con la «opinión pública» de los países del Centro. En este sentido, se aprueban los llamados GEFs (Global Environmental Facilities), que deberían convertirse en los instrumentos de financiación de los «costos incrementales» que supondrían llevar a cabo los acuerdos derivados de los Tratados sobre Cambio Climático y Biodiversidad firmados en la Cumbre de la Tierra, que no implican determi-

naciones vinculantes y que se hayan todavía sin ratificar. Los GEFs que, caso de aprobarse,⁶ pasarían a ser gestionados principalmente por el «ecologista» Banco Mundial, no suponen, en ningún caso, poner en cuestión la lógica depredadora y quebrantadora de los recursos y ciclos vitales que implica el actual modelo productivo. Además, el volumen de recursos que se preveía destinar a los GEFs es ridículo (el 2% del presupuesto del Banco Mundial) y su filosofía es «ayudar» a los países más «pobres» a intentar paliar los problemas ambientales que inducen en sus territorios la aplicación de las políticas de «desarrollo» que benefician al «Norte».

Lo mismo se puede decir de los intentos de conversión de deuda externa por naturaleza, que no es sino un mecanismo de apropiación de aquellas áreas de gran valor natural que aún no tienen dueño -pues a las poblaciones indígenas no se les considera como tales en los países del «Sur».

De cara al futuro, y aprovechando el quincuagésimo aniversario de Bretton Woods, el BM, el F.M.I. y el GATT, así como las fuerzas hegemónicas económicas mundiales están planteando la urgencia de una actualización del papel de estas instituciones ante una economía crecientemente globalizada, y demandan -o, mejor dicho, exigen- un mayor poder, aún, sobre los Estados-nación ante la «imparable necesidad» de mundialización de los mercados y del capital. Al mismo tiempo, utilizarán la celebración para hacer un *marketing* planetario del papel «tan importante y benefactor» que

cumplen estas instituciones en el presente y el futuro de la humanidad. La transformación de los países del Este a la economía de mercado: una bomba de relojería adicional

Al panorama desolador anteriormente descrito, se añade otra amenaza potencial, o más bien tremadamente real: la situación que se está creando en los antiguos países del Este -aque-lllos que sufrieron durante décadas feroces procesos industrializadores, con gravísimas repercusiones ambientales, impuestos por los intereses de las nomenclaturas de sus sistemas burocráticos- como consecuencia de la transformación de sus economías «centralmente planificadas» a la lógica del «libre mercado». En su pugna durante años por el dominio planetario,⁷ que se plasmaría después de la Segunda Guerra Mundial en el llamado «Equilibrio del Terror» característico de la Guerra Fría, la confrontación Oeste-Este se ha decadido -tras la caída del Muro de Berlín en 1989, que precipitó el colapso de los regímenes burocráticos del llamado «socialismo real»- definitivamente a favor de Occidente.

Después de la situación creada en amplias áreas del «Tercer Mundo» durante los años sesentas y setentas, cuando el apoyo de la ex URSS a los Movimientos de Liberación Nacional permitía, a través de su progresivo control, la expansión de su área de influencia (Vietnam, Angola, Mozambique...), cercenando la hegemonía de Occidente en los países de la Periferia Sur, la brutal carrera de armamentos que impone Estados Unidos en los ochentas obligó al gigante soviético a

destinar cuantiosos recursos económicos para hacer frente a esta amenaza, lo que profundizó los desequilibrios que ya se manifestaban en estas sociedades y aceleró su derrumbe; esta situación agravó fuertemente los problemas de la deuda externa del «Tercer Mundo», por la elevación de los intereses que trajo consigo, con el objetivo de captar para la economía estadounidense capitales del resto del mundo a fin de financiar la locura armamentista; y por la consiguiente sobrevaloración del dólar que ello produjo.

Este panorama de crisis larvada ya había obligado, en los ochentas, a algunos de estos países a abrirse tenuemente a la llamada «Economía Mundo» comandada por Occidente, y a solicitar préstamos en divisas fuertes que luego no podrían devolver. La deuda externa de los países del Este, de una cuantía muy inferior a la Periferia Sur -pues alcanza en la actualidad unos 200 mil millones de dólares-, pasa a ser controlada, del mismo modo, en cuanto a las condiciones de ajuste impuestas para su devolución, así como para acceder a nuevos créditos, por el F.M.I..

E, igualmente, es a los expertos -o, mejor dicho, a los burócratas con sueldos fabulosos- del F.M.I. y el BM, a los que el llamado Grupo de los Siete Grandes (el G-7) delega la definición de la forma en que las economías de estos países deben proceder a su transformación al «libre mercado», a través de las políticas de ajuste correspondientes, y las modalidades que debe adoptar su inserción en la llamada «Economía Mundo». Estos organismos son en gran parte responsables de las

condiciones de miseria generalizada en que se están sumiendo las poblaciones de los antiguos países del Este, y están en connivencia con las mafias de todo tipo que están predominando en dicho ámbito geográfico y que venden a precio de saldo la infraestructura industrial y los recursos de todo tipo existentes en sus territorios al capital occidental, siendo copartícipes de este tremendo latrocinio. Es curioso observar cómo las «medidas de ayuda» aprobadas por los ministros del G-7 en Tokio, incluyen inversiones para mejorar la infraestructura de explotación de los yacimientos petrolíferos y de gas de Siberia, que pasarán a ser controlados por empresas occidentales, y el resto se condicionan a la aceleración de las reformas privatizadoras que beneficiarán también al capital de los principales países del Centro, o a la compra de productos excedentarios del «Norte», lo que favorecerá a los mismos intereses.

De esta forma, el papel que estos países van a jugar en el concierto mundial, tal y como está siendo diseñado por el F.M.I. y el BM, será claramente dependiente y subordinado con respecto al Centro a pesar de su antiguo poderío político-militar, configurándose como una nueva gran área periférica: la Periferia Este. Lo cual era patente desde el inicio de su transformación a la economía de mercado, a pesar de la fascinación -generada a través de los *mass media*- que producía en un principio a la población de esos países la posibilidad de alcanzar la capacidad de consumo del Centro capitalista,⁸ hecho que determinó, en su día, el apoyo sin reservas a la transición al «libre

mercado», ayudado igualmente por el rechazo masivo al sistema burocrático que se desmoronaba por aquel entonces. Esta situación determinará un incremento de la competencia entre los países de la Periferia Este y aquellos de la Periferia Sur en su intento por penetrar con sus productos elaborados o materias primas en los únicos mercados solventes: los del «Norte», redundando en un colapso aún mayor de las relaciones de intercambio y, por consiguiente, en un empobrecimiento generalizado de ambas Periferias en beneficio exclusivo del Centro.

La «bomba demográfica», la hiperurbanización de la Periferia Sur y la intensificación de las migraciones ambientales y de las corrientes de población Periferia-Centro

Si a todo esto añadimos el gran incremento de la población previsto, especialmente en la Periferia Sur y en concreto en el continente Africano, donde se desarrollan las más altas tasas de natalidad; siendo esta «bomba demográfica», tal y como le gusta denominarla al BM, resultado del dislocamiento de los mecanismos endógenos de regulación demográfica tradicionales de estas sociedades, como consecuencia de la imposición de un determinado modelo económico de los países del centro, y no tanto de los adelantos técnicos y sanitarios.⁹ Y los procesos paralelos de hiperurbanización que se disparan en el «Tercer Mundo»¹⁰ desarrollándose el fenómeno de las megaciudades: concentraciones urbanas por encima de los 10, 15 o hasta 20 millones de habitantes (como Méxi-

co, Sao Paulo, Shanghai, Calcuta, Bombay...), que son consecuencia tanto de las altas tasas de crecimiento demográfico como de la destrucción de las economías agraria locales, propiciadas por la lógica del mercado mundial, que obligan a las poblaciones mundiales a emigrar a estas grandes urbes. Es fácil de comprender que la proliferación de conflictos de todo tipo esté servida.

Desde la proliferación de las «migraciones ambientales» derivadas del deterioro de los hábitats de gran parte de la Periferia que ya obliga hoy en día a millones de personas a cruzar las fronteras,¹¹ y que generará problemas sin precedentes en el futuro. A la intensificación de las migraciones económicas, que se verán activadas por las brutales diferencias de las estructuras de edades de las pirámides de población del Centro y la Periferia, hecho que provocará una tremenda presión migratoria, desde las Periferias Sur y Este sobre las fortalezas del «Norte», que levantarán muros de todas clases - lo están haciendo ya económicos, físicos, policiales y hasta militares, para preservar sus territorios de esta potencia avalancha humana-. Paradójicamente, una vez que cambia el signo de las corrientes migratorias (pues hasta hace pocas décadas eran los países del Centro, y en concreto Europa, los que exportaban los excedentes de población a la Periferia, en paralelo con la expansión de los procesos de colonización), el «Norte» se atrincherá. Eso sí, dejando ciertos resquicios, como ya se dan hoy en día, para que penetre una ínfima parte de este enorme tropel, con el fin

de realizar los trabajos más penosos, o bien para captar los cerebros más dota-dos y el personal más formado.

En el campo de la problemática demográfica nos volvemos a encontrar, una vez más, la mano, en este caso visible, del BM y del F.M.I., que obliga, como parte de las políticas de ajuste estructural, a establecer a los países receptores de créditos en divisas fuertes, una política demográfica represiva, dictada desde el Centro con criterios políticos, con el objetivo de eliminar a los pobres, por la amenaza potencial que pueden significar, y no la pobreza. Al calor de esta política se han cometido -y cometén- verdaderas bestialidades entre las mujeres del «Tercer Mundo». De esta forma, las políticas demográficas en el «Sur» no están orientadas a incrementar los niveles educativos, de bienestar y de salud, que permitan a las mujeres decidir autónomamente sobre la cantidad de hijos que desean tener, que es lo que ha hecho que la natalidad se redujera en Occidente. Y, por tanto, no es de extrañar que el método anticonceptivo más «utilizado» en la Periferia, en el 45% de los casos, sea la esterilización. Mientras que, por otra parte, las políticas demográficas en el Centro se preocupan por la disminución de la raza blanca, gastándose cantidades astronómicas en el fomento de la natalidad y en las técnicas de reproducción asistida.

En definitiva, desde el BM y el F.M.I., se intenta poner énfasis en que los problemas de seguridad y ambientales planetarios se plantean como resultado de que existen muchos pobres, que se reproducen sin control, y que

su existencia presiona sobre un medio frágil, degradando el entorno y profundizando la miseria. Pero se ocultan las causas que provocan estos procesos, y se enmascara que las densidades de población de los países del Centro son en muchos casos muy superiores a los de la Periferia, así como que los niveles de consumo de la gran mayoría de la población de los países del «Primer Mundo» son bastante más elevados que los de las poblaciones de la Periferia (por ejemplo, un ciudadano estadounidense consume 300 veces más energía que uno de Bangladesh), con lo que la demanda de recursos y el impacto sobre el entorno del habitante tipo del «Norte» es muchas veces superior al de los pobres de la Periferia que alimentan la llamada «Bomba Demográfica». Es decir, se intenta culpabilizar a los pobres de su miseria y de los problemas ambientales globales, al tiempo que se proyecta especialmente sobre las mujeres del «Tercer Mundo» la responsabilidad de este estado de cosas, con el fin de que «acepten» sin resistencia las políticas demográficas que se diseñan desde el «Norte». Un discurso perfecto para las poblaciones normalizadas del Centro, pues permite lavar sus conciencias, al proyectar sobre los desheredados del planeta los males que nos aquejan, mientras que, en paralelo, se defienden los intereses de los poderosos.

Finalmente, es preciso resaltar un hecho a menudo olvidado: según las Naciones Unidas, las mujeres en todo el planeta proporcionan los dos tercios del total de horas de trabajo, producen el 44% de los artículos de alimenta-

ción, perciben el 10% del monto total de los ingresos y poseen el 1% de los bienes. Este es un claro reflejo de las relaciones de explotación patriarcal que se imponen sobre la mitad de la población mundial.

Las políticas del F.M.I., del BM y el GATT generadoras de un mundo cada vez más desigual, con crecientes problemas ambientales y por lo tanto más inseguro

En definitiva, el F.M.I., el BM y el GATT actúan como principales instrumentos que imponen a escala planetaria los intereses de los sectores dominantes de los países del Centro, lo cual va moldeando un mundo crecientemente injusto, con profundas desigualdades de riqueza, al tiempo que propicia el despliegue de un modelo productivo tremadamente depredador de los recursos naturales finitos y enormemente impactante sobre el medio. Todo ello configura una situación progresivamente explosiva, que va desde: la proliferación de los eufemísticamente llamados «Conflictos de Baja Intensidad»¹² en la Periferia, los estallidos sociales puntuales en las metrópolis del «Norte», la ingobernabilidad de las Megaciudades de la Periferia Sur, el caos generalizado en los países del Este, la intensificación de las tensiones en las fronteras entre el Centro y la Periferia...; a las grandes acciones militares, tipo la Guerra del Golfo, que se agudizarán en el futuro como resultado de que gran parte de los recursos no renovables de carácter estratégico, en concreto los recursos petrolíferos y en general los ener-

géticos, se localizan en gran medida fuera de los territorios del «Norte».

El mundo, pues, se va convirtiendo, a todos los niveles, en un espacio cada día más inseguro, a pesar de los crecientes gastos policiales y militares, donde se instaura un progresivo desorden.

Sólo una redistribución de la riqueza a escala planetaria, que conllevaría la reducción de los niveles de consumo de importantes sectores sociales de los países del «Norte», en paralelo con la consecución de un modelo productivo más autosuficiente a todas las escalas, que propicie el mayor grado de autonomía posible en los diferentes ámbitos espaciales, cuyo funcionamiento está basado en los recursos renovables y en un uso más intensivo del trabajo humano, equitativamente distribuido, y que reduzca drásticamente las diferencias sociales y de género. Podrá conseguir un desarrollo más equitativo y en equilibrio con el medio, logrando, en suma, un mundo más seguro y solidario.

Se hace, pues, preciso denunciar la actuación del F.M.I., el BM y el GATT, así como el carácter mismo de estas instituciones, como mecanismos claves configuradores del actual desorden mundial y de las injustas relaciones Centro-Periferia. Se abre, por tanto, una oportunidad de oro para llevar a cabo esa denuncia, en la medida de nuestras fuerzas, con ocasión de la Asamblea General del F.M.I. y el BM que tendrá lugar en Madrid, en octubre de 1994, que reunirá en esta ciudad a los principales asesinos -indirectos- y ladrones de guante blanco del Globo -altos funcionarios de estos or-

ganismos, presidentes de los grandes bancos del mundo, ministros de Economía y Hacienda de todos los países, directivos de empresas trasnacionales...-

Notas

1. El FMI es el organismo, a nivel mundial, encargado de aceptar las devaluaciones o revaluaciones de las monedas de los distintos países y de establecer las condiciones para la convertibilidad de las monedas periféricas en divisas fuertes, proporcionando también fondos a corto plazo para el apoyo de las balanzas de pagos.

2. El BM no financia, ni mucho menos, la totalidad del costo de los proyectos, pero su apoyo y visto bueno de los mismos es clave para conseguir agrupar la financiación necesaria.

3. Los nuevos acuerdos del GATT liberalizan sectores hasta ahora, en general, protegidos, abarcando productos agropecuarios, comercio de servicios, propiedad intelectual, inversión extranjera, sistemas bancarios... lo cual significará entrar a saco en aquellas áreas del «Tercer Mundo» que hasta el presente no controlaban las empresas trasnacionales del Centro.

4. Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Estados Unidos, Canadá y México; Mercado Único, Unión Económica y Monetaria -definida en Maastricht- y Espacio Económico Europeo -CEE+EFTA-: espacio económico del área del Pacífico con Japón como centro, englobando a los «Cuatro Tigres» -Taiwan, Corea del Sur, Singapur y Hong Kong- más los países miembros de la ASEAN y Austria y Nueva Zelanda.

5. Pues la expansión de la producción en gran escala no genera empleo neto, al destruir más empleo ligado a la pequeña y mediana actividad productiva, de carácter en gran medida estable, que el que esa misma crea, de índole primordialmente precario.

6. Recientemente, en la reunión de los participantes del GEF de Cartagena de Indias, ha sido puesta en cuestión su viabilidad y dotación presupuestaria por diversos países del «Norte».

7. La dinámica de los modelos productivos capitalista y burocrático, a pesar de sus importantes diferencias formales, estaba -y está- basa-

da en la continua concentración de poder político y económico y, por consiguiente, en la expansión y el crecimiento.

8. Como ejercicio puramente teórico, era claro que el conjunto de la población de los países del Este, unos 410 millones de personas, no podía ingresar sin más en el «Primer Mundo» -la población de la OCDE se sitúa en torno a los 850 millones de habitantes-, sencillamente porque incrementaría la capacidad de consumo global de tal forma, que supondría una demanda adicional de nuevos recursos de tal calibre que trastocaría todos los mercados mundiales, no pudiendo muchos de ellos dar respuesta a un incremento de la demanda de dicha naturaleza.

9. Es curioso observar cómo el crecimiento demográfico en el «Sur» se dispara desde los años cincuenta y especialmente desde los setentas, cuando se afianza la Economía Mundo.

10. Según las Naciones Unidas, la población urbana de los países de la Periferia Sur aumentará de los mil 400 millones actuales a algo más de 4 mil millones en el 2025, es decir, el 90% de su crecimiento tendrá un carácter urbano.

11. Diez millones de africanos han tenido que dejar su tierra por la sequía; un millón de haitianos -un sexto de la población del país- se han echado a la mar para huir de un territorio deforestado...

12. Se denominan así los conflictos de carácter local que no recurren a armamento nuclear.